

**La madera se hunde, la piedra flota.**



**Pedro Martín González**  
**Kenshinkan dôjô 2018**

En su excelente ensayo, titulado *“De qué hablo cuando hablo de escribir”*, el escritor japonés, Haruki Murakami, señala que Ernest Hemingway pertenecía a esa clase de escritores que necesitaba una *“emoción de peso”* para encontrar la inspiración y que sería en el transcurso de esos *“tiempos de éxtasis y adrenalina”* cuando el escritor americano realizara algunas de sus obras más conseguidas: *“Por quién doblan las campanas”* o *“Fiesta”*, por ejemplo.

Las novelas posteriores, a su juicio, no alcanzarían la talla de aquellas primeras entregas de quien fuera Premio Nobel en 1954.

Quizá su propio ejemplo pueda servir de contrapeso al hecho referido, pues Murakami es, a decir de sí mismo, un escritor que vive en lo cotidiano, en lo sencillo, en lo diario y efímero de lo simple, siendo ese el caldo de cultivo de su inspiración novelística, una suerte que se le ofrece en el encuentro casual, el paseo, la familia, el trabajo diario o la lectura.

Es en ese universo tangible y cercano donde el autor de *“Escucha la canción del viento”* ha conectado con esa *“intuición creativa”* que nunca ha abandonado su obra, un trabajo caracterizado por el equilibrio, mantenido en una línea ininterrumpida desde que se iniciara en el oficio de escribir, algo que ocurriría en 1979, al ganar su primer premio literario.

La reflexión del escritor japonés, aunque pueda ser parcialmente discutida, pone de manifiesto una tendencia que cada día es más usual en el contexto del Karate actual: la casi obligada necesidad de alejarse de aquello que es habitual, cotidiano, conocido y tangible para aventurarse en terrenos deslumbrantes, fantasiosos y, casi siempre, rabiosamente prácticos.

Y todas estas circunstancias se dan, a mi modo de ver, por la necesidad imperiosa de experimentar esa *“emoción de peso”*, de la que hablaba el novelista, con la sola pretensión de aquilatar una relación que estando basada en semejantes principios será cualquier cosa menos natural.

Opino, como Murakami, que en el estudio de lo sencillo se encuentra también la verdadera profundidad de las cosas.

Para explicar esta circunstancia los japoneses tienen un dicho: *“La madera se hunde, la piedra flota”*.

En este aforismo la piedra simboliza lo denso, lo intangible, lo complejo y lo espeso; además, esa pesadez a la que aludo está acompañada de la euforia, de la novedad, del espectáculo, del barroquismo y de la abundancia; circunstancias, todas ellas que, por ser antinaturales, derivan con el transcurrir de los años hacia una transitoriedad irreparable.

En contraposición a ello la madera es el elemento que simboliza lo sencillo: un atributo donde, precisamente, está basada su Esencia.

Yo creo que formas de Karate tradicional okinawense, como Gojû ryû, Uechi ryû o Shorin ryû, son una muestra más que evidente de ese elemento que es la madera.

Estas formas de arte estuvieron lideradas por hombres sencillos que pisaban con pies de plomo, realistas en sus concepciones, pragmáticos en sus pareceres, familiares, mundanos, pegados a la tierra que los vio nacer y los recibió al morir.

No obstante, detrás de esa sencillez que manifestaban se adivina, también, una firmeza, una determinación sin mácula, una voluntad férrea y una constancia en la práctica de su arte que les hizo ser, con el transcurrir de los tiempos, perdurables.

Volver sobre los viejos fotogramas y mirar a los ojos a hombres como Anko Itosu, Chotoku Kyan, Chibana Chosin, Kanryo Higaonna, Chomo Hanashiro, Kentsu Yabu, Kanbun Uechi, Matayoshi Shinpo, Gichin Funakoshi, Choki Motobu o Chojun Miyagi, supone encontrarse con ese tipo de hombres.

Aparecen allí tímidamente, rodeados de pequeños grupos de alumnos, en el interior de patios caseros, junto a sus hijos y nietos, en jardines públicos, en tranquilos paseos, tomando el sol, sujetando armas vetustas, herramientas arcaicas o, sencillamente, practicando kata de manera improvisada.

Yo creo que todos esos insignes maestros no necesitaron más que de una vida sencilla para gestar un Arte Marcial sencillo, es decir: una forma de Budô profunda y completa.

Creo, además, que la profundidad de su Karate es resultado inequívoco de un verdadero y sencillo amor por su tradición: un amor que estaría situado más allá de la estridencia, de la fantasía o del espectáculo.

En contraposición a ello, las formas innovadoras del Karate más actual, las vanguardias efectivistas, las interminables novedades que se presentan de manera reiterativa encapsuladas en variadísimas formas de *bunkai*, o llevando una practicidad más que primaria a extremos casi cómicos, pertenecen al elemento piedra. Aunque pudiéramos pensar que son manifestaciones sólidas, el “*peso*” apriorístico que manifiestan no es, en mi opinión, sino una característica más de su volatilidad, siendo, por tanto, perecederas.

Regresando de nuevo a Murakami me vino a la memoria el recuerdo de un extraordinario maestro de Budô, alguien a quien todos respetaban por haber sido pionero en la introducción de su arte en el Reino Unido.

El comentario que escuché se resumía en que Kanetsuka Sensei tenía un Budô demasiado sencillo.

Yo, desde la distancia y sin haberlo conocido aún en persona, me sentí de inmediato cercano a la figura de Kanetsuka Sensei.

Y desde aquel mismo momento no dejé de reafirmarme en el viejo concepto que expusiera Murakami:

*“La madera se hunde, la piedra flota”.*

Sí.

Lo sencillo, es perdurable y, por tanto, bueno.